

***IEP* - Instituto de Estudios Peruanos**

**Taller Interactivo: Prácticas y Representaciones
de la Nación, Estado y Ciudadanía en el Perú**

INVENTANDO TRADICIONES*

Eric Hobsbawm

Módulo: Aproximaciones teóricas: Nación

Sesión 5, Lectura Nº 1

Lima, Julio del 2002

* En: *Historias* No. 19. México. Pp. 3-15. Este ensayo sirve de introducción al libro *The Invention of Tradition*, antología que Eric Hobsbawm preparó junto con Terence Ranger para Cambridge University Press. Traducción de Jorge Eduardo Aceves Lozano.

INVENTANDO TRADICIONES

Eric Hobsbawm

Nada parece más antiguo, y ligado a un pasado inmemorial, que la pompa que rodea a la monarquía británica en sus ceremonias públicas. Sin embargo, como lo establece uno de los capítulos de este libro, su forma moderna es producto del final del siglo XIX y del XX. “Tradiciones” que aparecen o proclaman ser antiguas, con frecuencia tienen un origen reciente y algunas veces son inventadas. Quien esté familiarizado con los colegios de las antiguas universidades británicas puede pensar en la institución de tales “tradiciones” a escala local; a pesar de que algunas -como el anual Festival de las Nueve Lecciones y Villancicos en la capilla del King's College de Cambridge, en la víspera de Navidad- hayan llegado a generalizarse a través del moderno medio masivo de la radio. Esta observación fue el punto de partida de una conferencia que organizó la revista de historia *Past & Present*, y lo que a su vez formó la base de este libro.

El término “tradición inventada” se usa en un sentido amplio pero no impreciso. Incluye tanto a las “tradiciones” realmente inventadas, construidas e instituidas de manera formal, y a aquellas que surgen de un modo menos rastreable dentro de un periodo breve y fechable -un asunto de unos cuantos años tal vez- y que por sí mismas se establecen con gran rapidez. El mensaje navideño de la realeza en Inglaterra -instituido en 1932- es ejemplo de lo primero; la aparición y el desarrollo de las prácticas asociadas a la Copa Final de la Asociación Británica de Fútbol es del segundo. Resulta evidente que no todas ellas son igualmente permanentes, por eso nos interesan su aparición y su establecimiento, más que sus posibilidades de supervivencia.

“Tradición inventada” se refiere al conjunto de prácticas, regidas normalmente por reglas manifiestas o aceptadas tácitamente y de naturaleza ritual o simbólica, que buscan inculcar ciertos valores y normas de comportamiento por medio de la repetición, lo que implica de manera automática una continuidad con el pasado. De hecho, cuando es posible, estas prácticas intentan normalmente establecer una continuidad con un pasado histórico conveniente. Un ejemplo importante es la opción deliberada por el estilo gótico en la reconstrucción del Parlamento Británico durante el siglo XIX; y la igualmente deliberada decisión, después de la Segunda Guerra Mundial, de reedificar las cámaras parlamentarias exactamente con el plan básico de antaño. El pasado

histórico dentro del cual se inserta la nueva tradición no necesita que lo prolonguen, remontarlo hasta la supuesta noche de los tiempos. Las revoluciones y los “movimientos progresistas” que rompen con el pasado, por definición, tienen su propio pasado relevante, aunque bien podría existir una ruptura en una fecha determinada, tal como lo es 1789. Sin embargo, en tanto haya una referencia a un pasado histórico, la peculiaridad de las tradiciones “inventadas” es que su continuidad con tal pasado es en buena parte artificial. En breve, son respuestas a situaciones novedosas que toman la forma de referencia a situaciones antiguas, o que establecen su propio pasado por una repetición cuasi obligatoria. El contraste entre el cambio constante e innovador del mundo moderno y el intento de estructurar al menos algunas partes de la vida social dentro de ella como invariables o inmutables, es lo que hace que la “invención de la tradición” haya sido un tema de gran interés para los historiadores de los últimos siglos.

“Tradición” en este sentido debe diferenciarse con claridad de “costumbre”, eso que domina las llamadas sociedades “tradicionales”. El objeto y las características de las “tradiciones”, incluidas las inventadas, es el ser invariables. El pasado al que se remite, real o inventado, impone prácticas fijas -normalmente formalizadas-, tales como la repetición. La “costumbre” tiene la doble función de ser motor y guía en las sociedades tradicionales. Esta no excluye la innovación y el cambio hasta un cierto punto, aunque evidentemente el requerimiento de que deba aparecer compatible o hasta idéntica con sus antecedentes le sobreimpone limitaciones considerables. Lo que hace es darle a cualquier cambio deseado -de resistencia o innovación- la sanción del precedente, la continuidad social y de la ley natural tal como se expresan en la historia. Los alumnos que estudian los movimientos campesinos saben que los reclamos de un pueblo por una tierra común o al derecho “por costumbre desde tiempo inmemorial”, a menudo no expresan un hecho histórico; pero lo que sí expresan es el balance de fuerzas en la constante lucha del pueblo contra los señores u otros poblados. Los alumnos que estudian el movimiento obrero británico saben que “la costumbre de hacer negocios” o de tener una tienda tal vez no representen una tradición antigua, sino algunos de los derechos establecidos por los trabajadores en la práctica, por reciente que sea, la cual ahora tratan de defender y extender dándole una sanción de perpetuidad. La “costumbre” no puede permitirse el ser invariable, porque la vida no es así ni en las sociedades “tradicionales”. La ley común o lo acostumbrado todavía muestran esta combinación de flexibilidad en su adhesión formal y sustancial a lo precedente. La diferencia entre la “tradición” y la “costumbre”, tal y como aquí las entendemos, a continuación está claramente ilustrada. La “costumbre” es lo que hacen los jueces; la “tradición” -en esta instancia, la tradición inventada- es la peluca, la túnica y otras prácticas ritualizadas y el resto de la parafernalia que rodea a la actividad esencial de los jueces. La decadencia de una “costumbre” modifica inevitablemente a la “tradición” con la que habitualmente se entrelaza.

Una segunda distinción, menos importante, que debe hacerse es entre la “tradición” en nuestro sentido y la convención o la rutina que no tienen una función ritual o simbólica significativa como tal, aunque pudieran adquirirla

accidentalmente. Es evidente que cualquier práctica social que tenga que realizarse repetidamente tenderá, para su conveniencia y eficacia, a desarrollar un conjunto tal de rutinas y convenciones que puedan formalizarse de hecho o de derecho con el propósito de dar a conocer las prácticas a los nuevos practicantes. Esto se aplica tanto a prácticas sin antecedentes -como el trabajo de un piloto aviador-, como a prácticas de gran familiaridad. Desde la revolución industrial las sociedades se han visto obligadas de manera natural, y con mas frecuencia que las anteriores, a inventar, instituir o desarrollar redes nuevas de tales convenciones y rutinas. En la medida en que funcionan mejor al convertirse en hábitos, en procedimientos automáticos o hasta en actos reflejos, estas prácticas requieren de la inmutabilidad, que podría mezclarse con los otros requerimientos necesarios para la práctica, la capacidad para enfrentar las contingencias no habituales o imprevistas. Esta es una debilidad muy bien conocida de la burocratización o rutinización, en particular en los niveles subalternos donde al desempeño invariable se le considera por lo general como el más eficiente.

Tales redes de convenciones y rutinas no son “tradiciones inventadas”, ya que sus funciones, y por lo tanto sus justificaciones, son más técnicas que ideológicas -en términos marxistas: pertenecen más a la “base “ que a la “superestructura”-. Están diseñadas para facilitar operaciones prácticas definidas, y se les puede abandonar o modificar con facilidad para enfrentar necesidades practicas cambiantes, dando siempre cabida a la inercia que cualquier práctica adquiere con el tiempo, y a la resistencia emocional de la gente vinculada a ella frente a cualquier innovación. Lo mismo se aplica a las “reglas” aceptadas de los juegos u otros patrones de interacción social, en donde éstas existan, o a cualquier otra norma de base pragmática. La diferencia se puede observar con facilidad cuando estas reglas existen en combinación con la “tradición”. El usar sombreros rígidos al montar lo dicta el sentido práctico, así como el usar cascos de protección para los motociclistas o cascos de metal para los soldados; pero usar un tipo particular de sombrero rígido en combinación con una cazadora rosa es algo totalmente distinto. Y si esto no fuera así, entonces sería tan fácil cambiar la costumbre “tradicional” de los cazadores de la zorra tal como es, como también lo sería el de sustituir el casco del ejercito por otro diferente -ambas instituciones muy conservadoras-, si fuera posible demostrar con eso una protección más efectiva. De hecho puede decirse que la “tradición” y las convenciones pragmáticas o rutinarias están inversamente relacionadas. La “tradición” muestra debilidad cuando, como entre los judíos liberales, las prohibiciones en la dieta se justifican pragmáticamente, tal como se hace el argumentar que los antiguos hebreos prohibían el puerco a causa de la higiene. Contrariamente, objeto y prácticas se liberan completamente del uso simbólico o ritual cuando no están ya encadenados por un uso práctico. Las espuelas de los uniformes en los oficiales de la Caballería son más importantes para la “tradición” cuando no hay caballos; los paraguas de los oficiales de la Guardia en persona vestidas de civil pierden su significado cuando no son portados aferrada y fuertemente -o sea, son inservibles-; las pelucas de los abogados con dificultad podrían haber adquirido su moderno significado si no fuera porque la gente dejo de usarlas. Aquí se asume que inventar tradiciones es esencialmente un proceso

de formalización y de ritualización que se caracteriza por su referencia al pasado, aunque sólo sea por una repetición impuesta. El proceso real de creación de tales rituales y complejos simbólicos no lo han estudiado adecuadamente los historiadores. Buena parte de eso sigue muy oscuro. Se ejemplifica como una “tradicción” inventada de manera intencional y construida por un solo iniciador, como con Baden-Powell para los Boy Scout. Tal vez esto sea tan fácil de rastrear como las ceremonias planeadas e institucionalmente oficializadas, ya que es probable que estén bien documentadas, como es el caso de la construcción del simbolismo nazi y de las reuniones partidistas en Neuremberg. Es probable que sea más difícil rastrearla en donde tales tradiciones son inventadas en parte o desarrolladas parcialmente por grupos secretos -donde es menos factibles que el proceso se le recuerde burocráticamente, o de manera informal por un periodo de tiempo-, como en el parlamento y la profesión legal. La dificultad no es sólo de fuentes, sino también de técnicas, aunque están disponibles dos disciplinas: unas esotéricas, especializadas en el simbolismo y el ritual, como la heráldica o el estudio de la liturgia; y las disciplinas históricas warburgianas dedicadas al estudio de tales temas. Desafortunadamente, ninguna de ellas les es familiar a los historiadores de la era industrial.

Es probable que no exista tiempo ni lugar en que los historiadores se hayan interesado donde no aparezca la “invención” de la tradición en este sentido. Sin embargo, deberíamos esperar que esto se diera con más frecuencia cuando las transformaciones rápidas en la sociedad debilitan o destruyen los patrones sociales para los cuales se diseñaron las “viejas” tradiciones, produciéndose así otras nuevas para las cuales no son aplicables; o cuando las antiguas tradiciones y sus promulgadores y portadores institucionales ya no se muestran lo suficientemente adaptables y flexibles; o porque se les elimina; en fin, cuando hay cambios rápidos y suficientemente extensos en la demanda o en el lado de la oferta.

Tales cambios han sido particularmente significativos en los últimos 200 años, y por eso es razonable esperar que se agrupen durante este periodo de formalización de nuevas tradiciones. Esto implica, por cierto, que tales formalizaciones no se restrinjan a las llamadas sociedades “tradicionales”, tanto para el liberalismo decimonónico como para la más reciente teoría de la “modernización”; sino que también tengan lugar, de alguna u otra forma, en las sociedades modernas. Hablando en términos generales así es como sucede, pero hay que evitar presuposiciones mayores: primero, de que las formas más antiguas de comunidad y estructuras de autoridad, y en consecuencia las tradiciones asociadas a ellas, eran inadaptables y rápidamente llegaron a ser inviables; y segundo, que las “nuevas” tradiciones simplemente resultaron de la inhabilidad para adaptar las antiguas.

La adaptación tomó el lugar de los usos viejos en condiciones nuevas y por el uso de modelos antiguos para propósitos nuevos. Las viejas instituciones con funciones establecidas, con referencias al pasado, con prácticas e idiomas

rituales, necesitaron adaptarse de esta manera: la iglesia católica se enfrentó a nuevos retos políticos e ideológicos y a grandes cambios en la composición de los fieles -tales como la notable feminización de los seglares devotos y del personal clerical,(1) de igual manera los ejércitos profesionales frente al reclutamiento; o las instituciones antiguas, como las cortes de justicia, operando ahora en un contexto cambiado, y algunas veces con funciones cambiadas en contextos nuevos. También había instituciones que gozaban de una continuidad nominal, pero que de hecho estaban cambiando hacia algo mucho muy diferente, como las universidades. Así, Bahnson(2) analizó el repentino descenso, después de 1848, de la práctica tradicional del éxodo masivo estudiantil de las universidades alemanas por razones de conflictos o manifestaciones-, en base al cambio en el carácter académico de las universidades, el incremento de la edad de la población estudiantil, a su aburguesamiento que disminuyó las tensiones pueblo/toga y las revueltas estudiantiles, a la institución nueva de la libre movilidad entre las universidades, y al consecuente cambio en las asociaciones estudiantiles entre otros factores más.(3) En todos esos casos la novedad no era menos nueva por el hecho de ser capaz de vestirse con facilidad de antigüedad.

Desde nuestro punto de vista, es más interesante el empleo de materiales antiguos para construir tradiciones inventadas nuevas con propósitos enteramente nuevos. En el pasado de cualquier sociedad hay acumulado un gran almacén de tales materiales, así como siempre está accesible un lenguaje elaborado de prácticas simbólicas y de comunicación. A veces las nuevas tradiciones pueden surgir fácilmente de otras antiguas, en otras ocasiones se les inventa pidiéndolas prestadas del surtidísimo almacén de los rituales oficiales, los simbolismos y las exhortaciones morales: la religión y la pompa principesca, el folklor y la francmasonería -ella misma una temprana tradición inventada de gran fuerza simbólica-. Así, el desarrollo del nacionalismo suizo, concomitante a la formación del moderno estado federal en el siglo XIX, lo estudió brillantemente Rudolf Braun,(4) quien contó con la ventaja de entrenarse en una disciplina etnológica y que se presta para tales estudios, y en un país donde su modernización no se detuvo con la asociación con los abusos nazi. Las prácticas tradicionales existentes -canciones folklóricas, competencias físicas y de puntería- se modificaron, ritualizaron e institucionalizaron para los nuevos propósitos nacionales. Las canciones folklóricas tradicionales fueron sustituidas por nuevas canciones en el mismo idioma, compuestas con frecuencia por maestros de escuela, y trasladadas a repertorios corales donde el contenido era patriótico-progresista ("*Nation, nation, wie voll Klinght der ton*") aunque también incorporaban elementos ritualmente poderosos de los himnos religiosos. (La formación de esos repertorios nuevos de canciones, en especial para las escuelas, ahora está bien estudiado). Los estatutos del Festival Federal de la Canción -¿no nos recuerda al *eisteddfodau*?- declaran que su objetivo es "el desarrollo y mejoramiento del canto popular, despertar sentimientos más elevados hacia Dios, la Libertad y el País, la unión y el compañerismo de todos los amigos del Arte y de la Patria". (La palabra "mejoramiento" introduce la nota característica del progreso decimonónico).

Alrededor de estas ocasiones se formó un ritual complejo y poderoso: las carpas de los festivales, las estructuras para exposición de banderas, los templetos para las ofrendas, las procesiones y el tañido de campanas, los cuadros gimnásticos, los saludos con fusil, las delegaciones gubernamentales en honor del festival, las cenas, brindis y la oratoria. Los viejos materiales volvieron a adaptarse para eso:

Los ecos de las formas barrocas de celebración, exhibición, y lujo son imprescindibles en la nueva arquitectura de este festival. Y así, como cuando en las celebraciones barrocas el estado y la iglesia se fusionan en un plano superior, una aleación de elementos religiosos y patrióticos surgen de estas nuevas formas corales, de los disparos y de la actividad gimnástica.(5)

Qué tanto las nuevas tradiciones pueden usar materiales antiguos, qué tanto se le deben forzar para inventar lenguajes y emblemas nuevos, o para extender el antiguo vocabulario simbólico más allá de sus límites establecidos, todo esto no se puede discutir aquí. Es claro que muchas de las instituciones políticas, grupos y movimientos ideológicos -no menos en el nacionalismo- a tal grado carecían de precedentes que hubo que inventar hasta su continuidad histórica, creando, por ejemplo, un pasado remoto más allá de la continuidad histórica real, ya fuera por medio de la semificción (Boadicea, Vercingetrix, Arminius el Cherusco), o por la falsificación (Ossian, el manuscrito medieval checo).

También es claro que un conjunto de símbolos y emblemas nuevos cobraron existencia como parte de los estados y movimientos nacionales, tales como el himno nacional -entre los cuales el británico de 1740 parece ser de los primeros-, la bandera nacional -variaciones en gran medida de la bandera francesa tricolor revolucionaria, desarrollada entre 1790-94-, o la personificación de la "nación" en símbolos e imágenes, de tipo oficial como en Marianne y Germania, o no oficiales, como los estereotipos caricaturizados de John Bull, el flaco Tío Sam yanqui o el German Michel.

Tampoco deberíamos pasar por alto que a veces es clara la ruptura en la continuidad hasta en el tradicional *topoi* de genuina antigüedad. Si seguimos a Lloyd,(6) los villancicos folklóricos de la Navidad inglesa se dejaron de crear en el siglo XVII, para ser reemplazados por los villancicos del tipo de Watts-Wesley, aunque todavía puede observarse una modificación degradada de ellos en muchas religiones rurales, como en el metodismo primitivo. No obstante, los villancicos fueron el primer tipo de canción popular que revivieron los coleccionistas de la clase media, para que tomaran su lugar en "los nuevos ambientes de la iglesia, los gremios e instituciones de mujeres", y de allí expandirse hacia nuevos espacios urbanos populares en las voces de los "cantores de las esquinas o por los niños enronquecidos en las puertas con la vieja esperanza de una recompensa". En este sentido, *God rest ye merry,*

Gentlemen (Dios te dé alegría, caballero) no es un dicho antiguo sino nuevo. Tal ruptura se ve hasta en aquellos movimientos que se describen a sí mismos deliberadamente como “tradicionalistas”, y que apelan a grupos que por consenso común eran considerados como los depositarios de la tradición y de la continuidad histórica, como los campesinos.(7) De hecho, el surgimiento mismo de movimientos para la defensa o rescate de tradiciones, “tradicionalistas” u otros, indican tal ruptura. Estos movimientos, comunes entre los intelectuales desde los románticos, nunca pueden desarrollar o preservar siquiera un pasado vivo - excepto aquel concebible al instalar santuarios de la naturaleza humana en rincones aislados de la vida arcaica-, sino que tienen que convertirse en una “tradición inventada”. Por otro lado, la fuerza y la adaptabilidad de las tradiciones genuinas no deben confundirse con la “invención de la tradición”. Donde las viejas formas están vivas, no hay que resucitar ni inventar las tradiciones.

Sin embargo, podría sugerirse que cuando las tradiciones se inventan, a menudo no es porque las antiguas ya no sean viables o no estén disponibles, sino porque con frecuencia ya no se las usa o adopta de manera deliberada. Así, la ideología liberal decimonónica del cambio social, al plantarse deliberadamente en contra de la tradición y en favor de innovaciones radicales, falló sistemáticamente en proporcionar los vínculos sociales y los lazos de autoridad que se daban por hechos en las sociedades primitivas, y creó vacíos que debieron de llenarse con prácticas inventadas. El éxito que tuvieron los dueños conservadores de las fábricas de Lancashire en el siglo XIX -a diferencia de los liberales- al usar viejos lazos sociales para adquirir ventajas sociales, muestra que todavía estaban allí para que se usaran, hasta en ese ambiente sin precedentes del pueblo industrial.(8) La inadaptabilidad a largo plazo que experimenta una sociedad preindustrial hacia otra revolucionada no puede negarse más allá de cierto punto; pero eso no hay que confundirlo con los problemas que surgen del rechazo de los medios antiguos en el corto plazo por que los consideraban como obstáculos para el progreso, o peor aún, como sus belicosos adversarios.

Esto no impidió que los innovadores generaran sus propias tradiciones inventadas -como las prácticas de la francmasonería, por ejemplo-. No obstante, la hostilidad general al irracionalismo, a la superstición y a las prácticas de costumbres reminiscentes del oscuro pasado -quizá descendientes de ella en verdad-, formaron seguidores impasibles de las verdaderas de la Ilustración, como los liberales, socialistas y comunistas, sin receptividad para las tradiciones antiguas o nuevas. Los socialistas, como veremos, se descubrieron celebrando anualmente el Día del Trabajo sin saber exactamente cómo; los nacionalsocialistas explotaron esas ocasiones manipulando conscientemente los símbolos con celo y satisfacción litúrgica.(9) La era liberal en la Gran Bretaña a lo más toleró esas prácticas, en tanto no estuvieran en juego la eficiencia ideológica ni económica, a veces como una concesión renuente al irracionalismo de los sectores bajos. Su actitud frente a las actividades sociales y rituales de las Sociedades Amistosas fue una combinación de hostilidad (frente a los “gastos innecesarios” tales como los de “aniversarios, procesiones, bandas de música, trajes de gala” que por ley se prohibían) y de tolerancia a eventos tales como las

fiestas anuales, en razón de que “la importancia de este atractivo para la gente del campo no se puede negar”.(10) Pero un riguroso racionalismo individualista dominó no sólo como cálculo económico sino también como idea social.

Estas notas introductorias podrían concluir con algunas observaciones generales sobre las tradiciones inventadas desde la época industrial.

Las tradiciones inventadas parecen pertenecer a tres tipos superpuestos: a) las que establecen o simbolizan la cohesión social o la membresía de los grupos y comunidades, reales o artificiales, b) las que establecen o legitiman instituciones, status o relaciones de autoridad, y c) aquellas cuyo propósito principal es la socialización y el inculcamiento de creencias, sistemas de valores y comportamientos convencionales. Mientras que las tradiciones del tipo b) y c) eran las inventadas -como las que simbolizaban la sumisión a la autoridad británica en India-, puede sugerirse tentativamente que prevalecieron las del tipo a) cuyas otras funciones eran consideradas implícitas o que fluían desde un sentimiento de identificación con la “comunidad” y/o la institución representada, expresando o simbolizándola como una “nación”.

Una dificultad con tan amplias entidades sociales es que no era plenamente una comunidad (“*Gemeinschaften*”), o siquiera un sistema de rangos aceptados. La movilidad social, la realidad de los conflictos de clases, y la ideología dominante hacían que la tradición, en su tarea de combinar la comunidad con las desigualdades de las jerarquías formales -como el ejército- fuera difícil de aplicarse universalmente. Esto no afectó mucho a las tradiciones del tipo c), ya que la socialización generalizada inculcó los mismos valores en cada ciudadano, miembro de la nación o súbdito de la corona, y las específicas socializaciones funcionales de los distintos grupos sociales -tales como los alumnos de las escuelas de paga- por lo común no se interpusieron en el camino de los demás. Por otro lado, en la medida en que las tradiciones inventadas reintrodujeron, por así decirlo, el status en el mundo del contrato, a superiores e inferiores en un mundo de iguales ante la ley, no lo pudieron hacer todo de manera tan directa. Podrían entrar de contrabando gracias a la aceptación simbólica formal de una organización social que de hecho fuera desigual; como cuando el cambio de estilo en la ceremonia de coronación británica.(11) Con más frecuencia ellas fomentaron el sentido corporativo de la *superioridad* de las élites - en particular cuando éstas se tuvieron que reclutar entre aquellos que por nacimiento o adscripción no la poseían-, que por inculcar un sentido de obediencia en los inferiores. A algunos se les animó a sentirse más iguales que otros. Esto se pudo hacer al asimilar a los grupos dirigentes y gobernantes previos a la burguesía, ya sea en la forma militar-burocrática característica de Alemania -como con los desafiantes cuerpos estudiantiles-, o bien en el modelo no militar de la *gentry* moralista en las escuelas de paga británicas. De forma alternativa, es también posible que el “espíritu de cuerpo”, la confianza y el liderazgo de las élites puedan desarrollarse por medio de otras “tradiciones” más esotéricas, como sería destacando la calidad del oficial mayor al mando, como sucede en Francia o entre los blancos en las colonias.

Aun dando por supuesto que las tradiciones inventadas “comunitarias” son las del tipo básico, todavía está por estudiarse su naturaleza. La antropología puede ayudarnos a elucidar las diferencias, si es que las hay, entre las prácticas tradicionales antiguas y las inventadas. Aquí sólo haremos notar que mientras los ritos de pasaje están señalados normalmente en las tradiciones de ciertos grupos -iniciación, promoción, jubilación y muerte-, puesto que se suponía que esto le asignaba un carácter incambiable y eterno, por lo menos desde la fundación de dicha comunidad. Sin embargo, tanto los regímenes políticos nuevos como los movimientos innovadores deberán buscar y encontrar sus propios equivalentes para los ritos tradicionales de pasaje asociados con la religión -como el matrimonio civil y los funerales-.

Se puede observar una diferencia marcada entre las prácticas sociales antiguas y las inventadas. Las primeras eran prácticas específicas según la naturaleza de los valores, derechos y obligaciones de la membresía del grupo que ellas inculcan: “patriotismo”, “lealtad”, “deber”, “reglas de juego”, “el espíritu de escuela”, etc. Pero si el contenido del patriotismo británico o del “americanismo” estaba notablemente mal definido, aunque por lo común se le especificaba a través de comentarios asociados a ocasiones rituales, las *prácticas* que los simbolizaban eran virtualmente compulsivas, como levantarse para entonar el himno nacional inglés, o el ritual de la bandera en las escuelas norteamericanas. El elemento crucial parece haber sido más bien la invención de signos de membresía al club con carga simbólica y emocional, más que en base a los objetivos y estatutos del mismo. Su significado estaba precisamente en su mal definida universalidad:

La bandera nacional, el himno nacional y el escudo nacional son los tres símbolos a través de los cuales un país independiente proclama su soberanía e identidad, y como tales ellos demandan respeto instantáneo y lealtad. En ellos mismos se refleja el completo historial, pensamiento y cultura de una nación.(12)

En este sentido, como lo notó un observador en 1880: “los soldados y policías ahora cortan emblemas con nosotros”, pero fallaba enteramente en una observación, aunque no pudo predecir su resurgimiento como anexos de los ciudadanos individuales en la era de los movimientos masivos que estaba por comenzar.(13)

La segunda observación es que parece claro que, a pesar de mucha invención, las nuevas tradiciones no han llenado más que una pequeña parte del espacio que dejó el declinamiento secular de las viejas costumbres y tradiciones; tal como uno esperaría en sociedades cuyo pasado ha llegado a ser, de manera paulatina, menos relevante como modelo o antecedente, para la mayoría de las formas del comportamiento humano. En la vida privada de la mayoría de la gente, y en las existencias autocontenidas de pequeños grupos subculturales, aun las tradiciones inventadas de los siglos XIX y XX ocuparon y ocupan un mucho menor espacio que el que ocupaban las antiguas tradiciones, digamos, en las antiguas sociedades agrarias.(14) “Lo que han hecho” estructura los días, las estaciones y los ciclos de hombres y mujeres occidentales del siglo XX, de manera mucho

menor a como lo hicieron con sus ancestros, y aun mucho menos que las exigencias externas de la economía, tecnología, la organización burocrática estatal, las decisiones políticas y otras fuerzas que no desarrollan ni dependen de la “tradicición” en nuestro sentido.

Sin embargo, esta generalización no se aplica al campo de lo que llamaríamos la vida pública del ciudadano, incluyendo las formas públicas de socialización, tales como la escuela, en contraste con formas privadas, como los medios masivos. No hay un signo real de debilitamiento en las prácticas neotradicionales asociadas tanto a cuerpos de hombres en servicios públicos -fuerzas armadas, la justicia, y quizá también los servidores públicos-, o en las prácticas asociadas con los ciudadanos integrantes de los estados. Ciertamente, la mayoría de las veces que la gente llega a ser consciente de la ciudadanía como tal permanece asociada a símbolos y prácticas semirituales (v.g. las elecciones), muchas de las cuales son nuevas históricamente y en gran medida inventadas: banderas, imágenes, ceremonias, música; en la medida en que las tradiciones inventadas desde la época de las revoluciones industrial y francesa hasta la actual, han llenado una laguna permanente en todo este tipo de eventos que parecieran estar dentro de este campo.

¿Por qué, se nos podría preguntar a fin de cuentas, los historiadores deben dirigir su atención a tales fenómenos? En un sentido, la pregunta es innecesaria, ya que muchos lo hacen, como lo atestigua el contenido de esta obra y las referencias aquí citadas. Así que más vale replantear la pregunta. ¿Qué beneficios pueden sacar los historiadores al estudiar la invención de las tradiciones?

Primera, y principalmente, puede sugerirse que son síntomas importantes y por lo tanto indicadores de problemas que de otra forma no serían fáciles de identificar o ubicar en el tiempo. Son evidencias. La transformación del nacionalismo alemán desde el antiguo patrón liberal al nuevo de tipo expansionista-imperialista, aparece iluminado con más precisión al examinar lo que ocurrió en el movimiento gimnástico alemán (por los años de 1890), con el rápido reemplazo de sus colores negro-rojo-dorado, por los nuevos negros, blancos y rojos, que al tratar de examinar los pronunciamientos oficiales de las autoridades o de los voceros de las organizaciones. La historia de las finales del campeonato de copa en la Gran Bretaña nos dice más del desarrollo de la cultura urbana de los trabajadores, que otras fuentes o datos. Pero por lo mismo el estudio de las tradiciones inventadas no puede estar desligado de un estudio más amplio de la historia de la sociedad; e igual, tampoco puede esperarse avanzar más allá del mero descubrimiento de tales prácticas sociales a menos que esa labor se integre a una investigación más profunda.

En segundo lugar, el estudio de la invención de las tradiciones arroja una luz considerable sobre las relaciones humanas del pasado y, por lo tanto, sobre la propia materia y oficio del historiador. Ya que todas las tradiciones inventadas usan la historia tanto como pueden, como legitimadora de la acción y como aglutinadora de cohesión grupal. Con frecuencia se convierte en el símbolo

efectivo de la lucha, como en las batallas por los monumentos a Walther von der Vogelweide y Dante en el Tirol del Sur en 1889 y 1896.(15) Hasta los mismos movimientos revolucionarios retomaron sus invenciones en referencia al “pasado de la gente” (sajones contra normandos, los ancestros galos contra los francos, Espartaco), y a tradiciones de la revolución (“también el pueblo alemán tiene sus tradiciones revolucionarias” decía Engels al principio de su “Guerras campesinas en Alemania”),(16) y de sus propios héroes y mártires. La obra de James Connolly *El trabajo en la historia irlandesa* ejemplifica muy bien esta unión de temas. Aquí queda particularmente claro el elemento de invención, ya que la historia que llegó a ser parte del fundamento de los conocimientos o de la ideología de una nación, estado o movimiento social, no es lo que efectivamente se ha conservado en la memoria popular, sino lo que ha sido seleccionado, escrito, pintado, popularizado e institucionalizado por aquellos cuya función era hacerlo. Los historiadores orales han observado frecuentemente cómo en las memorias de los ancianos la Huelga General de 1926 juega un papel menos dramático y más modesto que el que habían previsto los entrevistadores.(17) Así también, la imagen que se formó en la Tercera República de la revolución francesa ya ha sido analizada.(18) Y así, cualquiera que sean sus objetivos, los historiadores están involucrados en este proceso, ya sea que contribuyan de manera consciente a la creación, desmantelamiento o reestructuración de imágenes del pasado, que pertenecen no sólo al mundo de los especialistas de la investigación, sino también a la esfera pública del hombre como ser político. Por eso los historiadores deberían poner atención a esta dimensión de sus actividades.

En este contexto, hay un interés específico relacionado con la invención de la tradición que los historiadores modernos y contemporáneos tienen que destacar. Las tradiciones inventadas tienen una gran relevancia para esa innovación histórica comparativamente reciente, “la nación”, junto con todos sus fenómenos asociados : el nacionalismo, el estado-nación, los símbolos nacionales, las historias y demás. Todo esto descansa sobre ejercicios de ingeniería social que con frecuencia son deliberados y siempre innovadores, así sea sólo porque la novedad histórica implica innovación. Las naciones y el nacionalismo de Israel y Palestina deben ser nuevos, cualquiera que haya sido la continuidad histórica de los judíos o de los musulmanes del Medio Oriente, ya que el mero concepto de estado territorial del tipo standard y común en la región apenas se le concebía un siglo antes, y con dificultades llegó a ser una perspectiva seriamente considerada sólo hasta antes del final de la Primera Guerra Mundial. Las lenguas nacionales standard que se aprenden a escribir en la escuela, y que las hablan más personas que las de una pequeña élite son mayormente construcciones de una época cambiante pero de breve duración. Como observaba correctamente un historiador francés de la lengua flamenca, la enseñanza del flamenco en la Bélgica actual no es el lenguaje con el que las madres y abuelos de Flandes hablaban a sus niños, o sea que es una “lengua madre” sólo metafóricamente pero no en un sentido literal. No nos debe desviar una paradoja curiosa pero un tanto incomprensible: las naciones modernas y todos sus defectos generalmente dicen ser lo contrario de lo nuevo, ya que básicamente están enraizados en la remota antigüedad, y también lo opuesto a lo

construido, para no requerir definición más que las de la autoafirmación. Cualquiera que sea la continuidad o la historia que se engloba bajo el concepto moderno de “Francia “ y de “Franceses” -y que nadie intentaría negarlo- es que estos conceptos deben de incluir algún componente construido o “inventado”. Y porque mucho de lo que constituye a la nación “moderna” consiste en tales construcciones y se asocia con los símbolos apropiados y más o menos recientes que arrastran consigo un discurso conveniente (tal como el de la “historia nacional”), los fenómenos nacionales no se podrán investigar adecuadamente sin poner la debida atención a la “invención de la tradición “.

Finalmente, el estudio de la invención de la tradición es un asunto interdisciplinario. Es un campo de estudio que convoca a historiadores, antropólogos sociales y a una variedad de trabajadores de las ciencias humanas, y que no se puede abordar adecuadamente sin tal colaboración.

Notas

1. Véase por ejemplo a G. Tihon, “Les religieuses en Belgique du XVIIIe au XXe siècle: Approche Statistique”, *Belgisch Tijdschrift V. Nieuwste Geschiedenis/ Revue Belge d' Histoire Contemporaine*, VII (1976), pp. 1-54.
2. Karsten Bahnson, *Akademische Auszüge aus deutschen Universitäts und Hochschulorten* (Saarbrücken, 1973).
3. Fueron registrados 17 de tales éxodos en el siglo XVIII, 50 entre 1800-48, pero sólo 6 de 1848 a 1973.
4. Rudolf Braun, *Sozialer und kultureller wandel in einem landlichen Industriegebiet im 19, und 20, Jahrhundert*. Capítulo 6, (Erlenbach-Zurich, 1965).
5. Rudolf Braun, *op. cit.*, pp. 336-37.
6. A. L. Lloyd, *Folk Song in England* {London, 1969 ed.}, pp- 134-38.
7. Esto debe distinguirse de las tradiciones que son revividas para propósitos que en realidad demuestran su declinamiento. El revivamiento “campesino” (por 1900) de los antiguos vestidos regionales, danzas folklóricas y rituales similares para ocasiones de festividad no era un rasgo burgués pero tampoco uno tradicionalista. Superficialmente podría verse como un anhelo nostálgico por la cultura de los tiempos pasados, que rápidamente ha desaparecido, pero en realidad era una demostración de la identidad de clase por medio de la cual, los agricultores prósperos podrían ellos mismos distanciarse horizontalmente en relación a la gente del pueblo y verticalmente de los artesanos, pastores y jornaleros. *Cfr.* Palle Ove Christiansen “Peasant Adaptation to Bourgeois Culture? Class Formation and Cultural Redefinition in the Danish Countryside” en: *Ethnologia Scandinavica* (1978), p. 128. Véase también: G. Lewis, “The Peasantry, Rural Change and Conservative Agrarianism: Lower Austria at the Turn of the Century “, *Past & Present*, no.81 (1978), pp. 119-43.
8. Patrick Joyce, “The Factory Politics of Lancashire in the Later Nine-teenth Century”, *Historical Journal*, XVIII (1965), pp. 525-53.

9. Helmut Hartwig, "Plaketten zum 1. Mai 1934-39", *Aesthetik und Kommunikation*, VII, no.26 (1976), pp. 56-59.
10. P. H. J. H. Gosden, *The Friendly Societies in England, 1815-1875* (Manchester, 1961), pp. 123, 119.
11. J. E. C. Bodley, *The Coronation of Edward the VIIIth: A Chapter of European and Imperial History* (London, 1903), pp. 201, 204. También véase aquí más abajo, pp. 282-83.
12. Comentario Oficial del gobierno Indio, citado en R. Firth *Symbols, Public and Private* (London, 1973), p. 341.
13. Frederick Marshall, *Curiosities of Ceremonials, Titles, Decorations. and Forms of International Vanities* (London, 1880), p. 20.
14. Sin mencionar las transformaciones en los rituales y signos de cohesión y uniformidad con larga trayectoria, en modas de rápido cambio en costumbres, lenguaje, prácticas sociales, etc., tal como sucede en las recientes culturas de los países industrializados.
15. John W. Cole and Eric Wolf, *The Hidden Frontier: Ecology and Ethnicity in an Alpine Valley* (N. Y. and London, 1974), pp. 55.
16. Para la popularidad de libros sobre el tema y sobre otros temas históricos de carácter combativo en la librería de los trabajadores alemanes véase: H. -J. Steinberg, *Sozialismus und deutsche Sozialdemokratie, Zur Ideologie der Partei vor dem ersten Weltkrieg* (Hanover; 1967), pp. 131-33
17. Son perfectamente conocidas las razones sobre el porqué los participantes de la base normalmente no ven los acontecimientos históricos que ellos viven tal como los historiadores o los individuos en lo más alto lo hacen. Uno podría llamar a esto (siguiendo al héroe de Stendhal en su "Cartuja de Parma") el "síndrome fabril".
18. Vgr. Alice Gérard, *La Réuolution Francaise: Mythes et Interpretations, 1789-1970.* (París, 1970).